

tentándole, porque él bien sabía lo que había de hacer.»
 ¡Qué ponderadas palabras, y qué remision tan advertida! Responde el Apóstol: Doscientos ducados de pan no bastan para que cada uno tome una migaja.

REPLICA CRISTO.

«¿Cuántos panes teneis? Id y mirarlo.»

RESPONDE SAN ANDRES.

«Dijole uno de sus discípulos, Andres, hermano de Simon Pedro (1): Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero esto ¿de qué sirve entre tantos?»

ÚLTIMO DECRETO DE CRISTO.

«Dijo Jesus: Haced que se sienten á comer (2).» Repetidamente dificultaron este socorro los apóstoles. Y Cristo, en lugar de responderles, remitiéndoles el modo, decreta en favor de la necesidad para enseñanza. ¡Bueno es que los apóstoles recelen que ha de faltar sustento á los que siguen á Cristo! ¡Qué cosa tan ajena de su condicion, pues en la postrer cena se dió por manjar y por bebida á los que le dejaron, al que le negó y al que le vendió! ¡Y temian los apóstoles que aquí faltase para los que le vinieron siguiendo hasta el desierto! Príncipe hubiera que estimara por bien prevenida la consulta de los apóstoles que dijo: Da licencia á las gentes que se vayan á buscar de comer, pues aquí no lo hay por ser desierto.—Cristo no la tiene por consulta, sino por cortedad humana y civilidad indigna de ministros de su casa; y así respondió: No hay para qué se vayan: dadles de comer vosotros. Respóndelos y castígalos.

Señor: dice el ministro á vuestra majestad, en la consulta, que despida al soldado y al que ha envejecido sirviendo, que ya no son menester; que no se pague á los que con su sangre son acreedores de vuestra majestad por su sustento; que no les dé el sueldo, ni el oficio, ni cargo; que los envíe, que los despida; que para estos es desierto palacio, donde no hay nada. Tome vuestra majestad de los labios de Cristo la respuesta, y decree: Dadle vos de comer de lo mucho que os sobra; para vos hay mantenimientos, y no es desierto en ninguna parte. Para vos hay oficios y honras, y para los otros malas respuestas; y solamente sea pena y castigo que les déis vos, mal ministro, lo que les falta, y no queráis que les dé yo. Conocer la necesidad, y no remediarla pudiendo, es curiosidad, no misericordia.

Habia Cristo enseñado cómo habian de orar á Dios, y dicho muchas veces: Pedid, y daros han. Y en la oracion que compuso para orar con su Padre, dijo que le pidiesen el pan de cada día; y hoy que llegó la ocasion, se les olvidó á los apóstoles esta cláusula tan importante.

Bien se conoce que para enseñarlos á consultar necesidades ajenas hizo todas estas preguntas y remisiones. El Evangelista dice: Esto hacia tentándole. Señor, es muy necesario que los reyes timenten y prueben la integridad, el valor y la justificacion de sus ministros, para enseñarlos, y conocer lo que pueden disimular. Cuanto mas Cristo facilita el negocio, con mayor teson le im-

(1) Dixit ei unus ex discipulis ejus Andraeas.

(2) Dixit ergo Jesus: facite homines discumbere.

sibilitan los apóstoles. Mala acogida hallan necesidades ajenas en otro pecho que el de Cristo: cosa que debe tener cuidadosos y desvelados á los reyes. Oiga vuestra majestad, y lea cautelosamente lo que le propusieren, en favor de los que le sirven, los que le parlan. Así diferencio yo al que con las armas, con las letras, ó con la hacienda y la persona sirve á vuestra majestad, de los que tienen por oficio el hablar de estos desde su aposento, y que ponen la judicatura de sus servicios y trabajos en el albedrío de su pluma. ¡Gran cosa, Señor, que valga mas sin comparacion hablar de los valientes, y escribir de los virtuosos, y á veces perseguirlos, que ser virtuosos, ni valientes, ni doctos! Que sea mérito nombrarlos, y que no lo sea hacerse nombrar! Enfermedad es que, si no se remedia, será mortal en la mejor parte de la vida de la república, que es en la honra, donde está la estimacion. Al buen rey la porfia de consulta sin piedad en necesidades grandes de sus vasallos, criados ó beneméritos, en lugar de enflaquecerle, ó mudarle de propósito, ó envilecerle el corazon, le ha de obligar á hacer milagros como hizo Cristo este día.

Y viendo Cristo que en esta parte tenian necesidad de doctrina, como gente que habia de gobernar y á cuyo cargo quedaba todo, ántes de ser preso, yendo á Jerusalem los admiró con la higuera, á quien fuera de tiempo pidió higos, y porque no se los dió, la maldijo y se secó. Quiso enseñar y enseñóles que á nadie en ningun tiempo ha de llegar la necesidad y el necesitado, que no halle socorro. Y por eso cuando otro día, admirándose los apóstoles de verla seca, se compadecieron de ella, diciendo que por qué habia secádose, les dijo aquellas palabras tan esforzadas de la fe: Si mandais al monte que se levante con su peso, y se mude á otra parte, obedecerá á vuestra fe. Y esto dijo acordándose que si tuvieran fe no dudaran que en el desierto se hallara que comer, ni en que cinco panes era poca provision para tantos. Señor, atienda vuestra majestad á esta consideracion: si Dios quiere que hasta las higueras hagan milagros con los necesitados y hambrientos, y porque no los hacen las maldice y se secan para siempre, ¿qué querrá que hagan los hombres, y entre ellos los reyes? ¿Y qué hará con los que no lo hicieron? Temerosas conjeturas dejo que hagan los príncipes en este punto.

Grande fué el recelo de los discípulos, y fué medrosa caridad la suya, pues porque estaban en el desierto desconfiaban de mantenimientos, pudiendo en el desierto hacer provision y vituallas de las piedras, de que Satanás hizo tentacion. Acordósele al demonio, aunque con otro fin, en el desierto, que de las piedras se podia hacer pan: pensó lisonjear el largo ayuno de Cristo con la propuesta desvariada, y olvidáronse de esta diligencia los apóstoles. A los buenos consejeros se les ha de ensanchar el ánimo con la mayor necesidad, y atender á remediarla, y no á dificultarla, y entender que el remedio es su oficio. Cristo en el desierto hará de las piedras pan, si le ruegan, no si le tientan. Excusa el milagro para su ayuno de cuarenta días, y hácele por las gentes que le siguen, aumentando el poco pan en grande suma.

Otra vez (3), viendo que los samaritanos no querian hospedar á Cristo, y que respondian con despego, hicieron tal consulta (4): «Señor, ¿quieres que mandemos

(3) Luc. cap. 9.

(4) Jacobus, et Joannes.

al fuego que baje del cielo y consuma á estos? Y vuelto á ellos respondió con reprension: No sabeis de qué espíritu sois. El Hijo del hombre no viene á perder las almas, sino á salvarlas.»

¡Gran decreto, ajustado á consulta celosa, pero inadvertida, y no sin ostentacion! Mandar al fuego que baje del cielo, escondida tiene alguna presuncion de las sillas que despues pidieron estos dos apóstoles; pues habiendo poco que habian visto en ellas á Moises y á Elias, quieren, ya que las sillas están ocupadas, hacer las maravillas que hicieron los que las tienen.

Con notable sequedad y aspereza responde Cristo á sus validos y deudos. Así se ha de hacer, Señor. ¿Y quién negará que así se ha de hacer, si Cristo lo hace así? En esta ocasion les dice que no saben de qué espíritu son; y en la que piden las sillas, que no saben lo que piden; y ni les concede las sillas, ni el milagro de los que están en ellas. No solo se ha de reprender, pero no se ha de dar al que pide con vanidad y codicia; y siempre han de ser á vuestra majestad sospechosas las consultas de la comodidad propia y de la necesidad ajena.

En este milagro de los panes y los peces mostró Cristo nuestro señor la diferencia que hay de su majestad á los demas reyes del mundo, y de los que le siguen, á los cortesanos y secuaces de los príncipes del mundo.

Cristo, verdadero Rey, á los que le siguen, con poco los harta; y aunque sean muchos, sobra. Los reyes de acá á uno solo con todo cuanto tienen no le pueden hartar. De todos sus reinos no sobra para otros nada, repartidos entre pocos, siendo ellos muchos; mas tales son los que siguen á Dios, tales sus dádivas, tal su mano que las reparte, que como da con justicia, y á los que le siguen,—satisface á todos. Los bienes y mercedes de los reyes son de otra suerte; que si bien lo mira vuestra majestad, por sí hallará que se agradecen las mercedes con hambre de otras mayores; y que á quien mas da, desobliga mas; y que sus dádivas, en lugar de llenar la codicia de los ambiciosos, la abundan y ensanchan. Y no ha de ser así para imitar á Cristo, ni se han de hacer mercedes sino á aquellos que con poco se hartan, y que de cinco panes y dos peces dejan sobras, siendo muchos, para otros tantos. Estos, Señor, son dignos de milagro, de consulta y decreto favorecido de bendicion del Señor, y de colmados favores de su omnipotencia.

CAPITULO VIII.

No ha de permitir el rey en público á ninguno singularidad ni entretenimiento, ni familiaridad diferenciada de los demas. (Joan. 2.)

Et die tertia nuptiae factae sunt in Cana Galilaeae: et erat Mater Jesu ibi. Vocatus est autemet Jesus et discipuli ejus ad nuptias, et deficiente vino, dicit Mater Jesu ad eum: Vinum non habent. Et dixit ei Jesus: Quid mihi et tibi est mulier? Nondum venit hora mea. Dicit Mater ejus ministris: Quodcumque dixerit vobis facite.

«Y al tercero día se celebraron bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la Madre de Jesus y sus discípulos; y faltando el vino, dijole á Jesus su Madre: No tienen vino. Y dijola Jesus: ¿Qué nos toca á tí y á mí, mujer? Aun no ha llegado mi hora. Dijo su Madre á los ministros: Cualquiera cosa que os dijere, haced.»

Señor, los reyes pueden comunicarse en secreto con los ministros y criados familiarmente, sin aventurar re-

putacion; mas en público, donde en su entereza y igualdad está apoyado el temor y reverencia de las gentes, no digo con validos, ni con hermanos, ni padre ni madre ha de haber sombra de amistad, porque el cargo y la dignidad no son capaces de igualdad con alguno. Rey que con el favor diferencia en público uno de todos, para sí ocasiona desprecio, para el privado odio, y en todos envidia. Esto suele poder una risa descuidada, un mover de ojos cuidadoso. No aguarda la malicia mas preciosas demostraciones. Cristo, cuando le dijeron estando enseñando á las gentes: Aquí están tu Madre y tus parientes, respondió con severidad, que parecia despego, misteriosamente: «Mi madre y mis parientes son los que hacen la voluntad de mi Padre, que está en el cielo (1)». Hoy diciéndole su Madre (apiadada de los huéspedes, y de su pobreza y defecto) que no tenían vino, la responde con ménos caricia que majestad (2): «¿Qué tienes tú conmigo, mujer?» Y en la cruz, donde en público estaba espirando y con el último esfuerzo de su grande amor redimiendo el mundo, excusando la ternura del nombre de Madre, la dijo en muestra de mayor amor: «Mujer, ves ahí á tu Hijo.» Señor, si el rey verdadero Cristo, cuando enseña, predica y ejerce el oficio de redentor, á su Madre y sus deudos que le buscan, diciéndole que están allí, responde no que entren, ni los sale á recibir, sino: «Mi Madre y mis deudos son los que hacen la voluntad de mi Padre;» y si en las bodas, donde es convidado, á la advertencia tan próspera que hizo su Madre, en la respuesta mostró sequedad aparente; y si cuando se va al Padre no se despide con blandura de hijo, sino con severidad de monarca, ¿cómo le imitarán los reyes que desautorizan la corona con familiaridad y entretenimiento de vasallos, llamando favorecer al ministro lo que es desacreditarse? Y en una de estas acciones públicas, descuidadas y mal advertidas, descaee su reputacion. Ser rey es oficio, y el cargo no tiene parentesco: huérfano es; y si no tiene ni conoce para la igualdad padre ni parientes, ¿cómo admitirá allegado ni valido, si no fuere á aquel solo que hiciere la voluntad de su Padre, y que diere con humildad el primer lugar á la verdad, á la justicia y misericordia? Así lo enseñó Cristo; pues cuando se escribe que hizo honras, no abrazó á uno solo, sino á todos.

Si el rey quiere ver, cuando con demasia y sin causa en público se singulariza con uno en lo que es fuera de su cargo y méritos, lo que le da, mire lo que se quita á sí, pues ni un punto se lo disimula el aplauso, atento con codicia á encaminar sus designios. Luego se hallará solo, y verá que las diligencias voluntariamente y por costumbre, y los méritos por fuerza y avergonzados, buscan la puerta del que puede por su descuido: verá que en él la reverencia es ceremonia, y en el criado negociacion: hallarse ha necesitado de su propia hechura, y si se descuida, temeroso. En los reyes las demostraciones no han de ser á costa del oficio y cargo dado por Dios. No peligran tanto los reyes que favorecen en secreto como hombres; y van aventurados los que por su gusto, fuera de obligacion; favorecen en público. Es tal la miseria del hombre, que en gran lugar no se conoce ni se precia de conocer á nadie; y en miseria todos se desprecian de conocerle, y se desentienden de haberle conocido.

(1) Math. 12.

(2) ¿Quid mihi et tibi est mulier?

do. Este estado es ménos dulce, pero mas seguro. No solamente por sí propios los reyes no han de engrandecer sin medida á uno entre todos con extremo, sino por el mismo criado. Caridad es bien entendida, si no muy acostumbrada, no poner á uno en ocasion de que se despenne y pierda, donde es frecuente el riesgo. En la prosperidad puede uno ser cuerdo, y lo debe ser; mas pocas veces lo vemos; y ya que el hombre no mira su peligro, mire por él el príncipe. No hay bondad sin achaque, no hay grandeza sin envidia. Si es bueno el valido, ó no lo parece, ó no lo quieren creer; y aunque en público claman todos por la verdad, y por la justicia, y por la virtud, quieren la que les esté bien, y fuera de sí ninguna tienen por tal. La justicia desean á su modo, y la verdad que no les amargue. ¡Qué bien mostró María, Virgen y Madre, lo que se debe preguntar en público á los príncipes; y Cristo, cómo se debe hablar misteriosamente en tales ocasiones, para ejemplo á los que no fueren como su Madre! Y su Madre, cómo se han de entender las palabras que disimulan con algun despego los misterios, respondiendo al concepto, de que ella sola fué capaz, y dejando pasar lo desabrido de las razones, á los que no siendo tales presumieron de poder en público hacer lo que ella hizo, incomparable criatura, y Reina de los ángeles, y Madre Dios! Nadie será bien que presuma con los príncipes de poder hacer otro tanto sin culpa reprehensible; y si alguno se atreviere, con él habla el despego misterioso de aquellas palabras «¿Qué tienes que ver conmigo?», que sirvieron de cubierta á la caricia amorosa que hablaba en esta cifra con su Madre. Señor, muy anchas le vienen al que tomare mano aquellas palabras que dijo Cristo á su Madre, no como eran para ella, sino como quedarán para él en escarmiento; y si supiere corregirse, dirá á todos: «Haced lo que él mandare. El solo ha de mandar, y á él solo se ha de obedecer; que aun advertirle de la falta patente en la casa donde le hospedan, no es lícito ni seguro á otra persona que á su Madre, y no me toca á mí.»

CAPITULO IX.

Castigar á los ministros malos públicamente, es dar ejemplo á imitacion de Cristo; y consentirlos es dar escándalo á imitacion de Satanás, y es introduccion para vivir sin temor.

Cristo nuestro señor en público castigó y reprendió á sus ministros: no siguió la materia de estado que tienen hoy los príncipes, persuadidos de los ministros propios, que les aconsejan que es desautoridad del tribunal y del rey, y escándalo castigar públicamente al ministro, aunque él haya despreciado en sus delitos la publicidad que apoya y autoriza y defiende para su castigo. Júdas era ministro de Cristo, apóstol escogido, en cuyo poder estaba la hacienda; y con todas estas prerogativas y dignidades permitió que muriese ahorcado públicamente, sin moderar la nota de la muerte por respeto de su compañía. Ni obstó á la conveniencia del castigo público haber lavádole los piés, comulgádole (si bien hay opiniones en esto), y comido en un plato. Si la horca fuera solo para las personas y no para los delitos, no tuvieran otro fin los pobres y desvalidos, ni fuera castigo, sino desdicha. Entre doce ministros de Cristo, aquel cuyo ministerio tocó en la hacienda, fué hijo de perdicion, y murió ahorcado.

No hubo san Pedro, á persuasion del celo y del dolor,

cortado la oreja al judío, en quien dice Tertuliano que fué herida la paciencia de Cristo, cuando delante de la cohorte le pronunció sentencia de muerte.

Delante de los discípulos, llegando á lavarles los piés, porque con humildad profunda, si no bien advertida, le dijo: «¿Tú me lavas los piés?», le respondió: «Tú no sabes lo que yo hago ahora; despues lo sabrás.» Replicó fervoroso en su afecto, no considerado en la porfia: «No me lavarás los piés eternamente.» Demasiado anduvo; ni fué, al parecer, buena crianza replicar á nada que quisiese hacer Cristo, pues él solo sabe lo que conviene, y rehusar era advertir. En la tentacion se indigna porque le dicen que se hinque de rodillas; y aquí se hinca de rodillas, y se enoja porque no se lo consienten; y no deja esta de ser tentacion como aquella. En todo esto andaba arrebozado, con la buena intencion de san Pedro, Satanás. Poco va de que Cristo haga lo que no debe hacer, á que no haga lo que conviene.

Responde Cristo á san Pedro: «Si no te lavo, no tendrás parte conmigo:» palabras de gran peso y rigurosas en público al que había de ser cabeza de su Iglesia y lo era del apostolado. Y supo el buen ministro conocer tan bien la reprehension y el castigo que disimulaban, que dijo: «Señor, no solo mis piés, sino mi cabeza y mis manos.» Oh buen ministro! de piés á cabeza quieres que te laven; y acordándote de Júdas, ofreces las manos tambien para que te las laven, no para que te las unten! Señor, al ministro insolente, porque se descuida se le ha de reñir, y donde se descuida. Rey que disimula delitos en sus ministros, hácese partícipe de ellos, y la culpa ajena la hace propia: tiénenle por cómplice en lo que sobrelleva; y los que con mejor caridad, le advierten por ignorante, y los mal intencionados, que son los mas, por impío. De todo esto se limpia quien imita á Cristo. Lo propio se entiende del cuchillo; que tambien la muerte tiene su vanidad.

Esfuerzan la opinion contraria los que se pretenden asegurar de los castigos con decir que no está bien que al que una vez favorecen los reyes, le desacrediten y depongan, y que es descrédito de su eleccion, y que conviene disimular con ellos y desentenderse: doctrina de Satanás, con que se introduce en los malos ministros obstinacion asegurada, y en los príncipes ignorancia peligrosa, para que porfiadamente prosigan en sus desatinos.

Veamos: Dios en su república, y con el pueblo y familia de los ángeles, ¿qué hizo? Apenas había empezado el gobierno de ella, cuando al mas valido serafín y que entre todos amaneció mas hermoso, no solo lo depuso, mas le derribó, y condenó con toda su parcialidad; y séquito, sin reparar en la política del engaño que pregunta: ¿Si los había de deponer, para qué los crió? Conviniendo, fuera de otras razones, para que se viese que el poder, el saber y la justicia hicieron en unas propias criaturas con valentía lo que les tocaba, criándolas hermosas y castigándolas delincuentes. ¿Quién, sino Satanás, dice á los reyes que les da mas honra un mal ministro á su lado, que en el castigo público, satisfaciendo quejosos, disculpando al que le puso en el cargo teniéndole por bueno, escarmentando otros que le imitaban, y amenazando á todos los demas?

Hemos visto lo que hizo Dios con los ángeles: veamos lo que hizo con los hombres. Pecó Adán por complacer

á la mujer: la mujer fué inducida de la serpiente que se lo aconsejó. (Advierta vuestra majestad que el primer consejero que hubo en el mundo fué Satanás, vestido de serpiente.) No hubo comido contra el precepto un bocado, cuando un ángel con espada de fuego le arroja del paraíso, entregándole á la vergüenza y al dolor. Castiga al hombre para siempre: que muera, y coma del sudor de sus manos; y á la mujer porque le persuadió, que pariese en dolor sus hijos; y al mal consejero, que anduviese arrastrado y sobre su pecho, y que acañase sus pasos.

Tenia Dios en el mundo un hombre solo, y todo lo había criado para él; y porque pecó, luego con demostracion y espada le echa de su casa, le castiga, le destierra, le condena á muerte. ¡Y los reyes, teniendo muchos hombres de quien echar mano, entretendrán el castigo de uno! A quien no guarda los mandamientos y leyes, haya espada de fuego que le castigue. Quien aconseja mal, sea maldito; y como arrastraba á los demas, ande arrastrado. Esto hizo Dios, y esto manda.

Quien hace una cosa mal hecha, si en conociéndola pone enmienda en ella, muestra que la hizo porque entendió que era buena, y es el castigo santa disculpa de su intencion; mas quien la lleva adelante, viéndola mala y en ruin estado, ese confiesa que la hizo mala por hacer mal. Rey que elige ministro, si sale ruin y le depona, hizo ministro que en la ocasion se hizo ruin; y si le sustenta despues de advertido de sus demasías y desacreditado el tribunal, ese no hizo ministro que se hizo malo; antes al malo, porque lo era, le hizo ministro; y así lo confiesa en sus acciones. Veamos si Cristo Dios y hombre enseñó esta doctrina. Es el caso mas apretado que ha sucedido con rey ni señor, el de san Pedro.

(1) «Preguntó á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen que soy las gentes?» Conviene que los reyes pregunten (no á uno, que eso es ocasionar adulacion y disculpar los engaños, sino á todos) qué se dice de su persona y vida. Respondieron: «Unos dicen que eres Juan Bautista, otros Elías, otros Jeremías, otros que pareces uno de los profetas, otros que resucitó uno de los profetas primeros. Y entonces les dijo Jesus á ellos: ¿Vosotros quién decís que soy? Respondiendo Simon Pedro, dijo: Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo. Y respondiéndole Jesus, le dijo: Bienaventurado eres, Simon Barjona, porque la carne y la sangre no te lo reveló, pero mi Padre que está en el cielo. Yo te digo á tí: que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.»

En fin, aquí le prometió la potestad y las llaves, y le hizo príncipe de la Iglesia y pastor de sus ovejas. Y es cosa digna de admiracion, que prosiguiendo cuatro ó seis renglones mas abajo, tratando Cristo con ellos que había de morir, porque así convenia, que había de estar en el sepulcro; porque san Pedro enternecido, oyendo hablar de su muerte y de sus afrentas, á quien le estaba haciendo tan grandes mercedes, dijo (2): «Nunca tal suceda; esas no son cosas para tu grandeza, ni dignas del Hijo de Dios.»—dice el texto (3): «Que volviendo y mirando á sus discípulos, amenazó á Pedro.»

(1) Interrogabat discipulos suos, dicens: Quem me dicunt esse turbas? (Math. 16, Marc. 8, Luc. 9.)

(2) Absit à te, Domine: non erit tibi hoc.

(3) Qui conversus videns discipulos comminatus est Petro.

Miró primero con cuidado á todos; y viendo tantos y tales testigos, no reparó en que le acababa de dar las llaves del Cielo, de entregarle sus ovejas, sino que le responde y trata con mas rigor, al parecer, que á Satanás en la tentacion, pues le dijo (4): «Véte léjos detras de mí, Satanás: escandalízame, porque no entiendes el lenguaje de Dios, sino el de los hombres.» Al demonio dijo: «Véte, Satanás». Y á san Pedro, por ser de su lado, de su casa y su valido: «Véte léjos detras de mí, Satanás», y las demas palabras que he referido del Evangelista, tan desdeñosas.

¿Qué podrán alegar en su favor los que son de parecer que lo que una vez se hizo ó dijo, se ha de sustentar, y que no se ha de castigar en público el ministro que yerra, viendo la severidad y despego y rigor con que Cristo trató al primero de su apostolado, no por culpa contra su persona, porque se lastimó de su vida y de sus trabajos? Mire vuestra majestad qué se debe hacer con el ministro que los busca y los compra para su señor, y que quiere para sí el descanso, y las afrentas para su rey.

Quedó de esta reprehension san Pedro tan bien advertido como castigado; pues luego que empezó á ser vicario, despues de la muerte de Cristo, porque Safira y su marido, que ya eran fieles, ocultaron una partecilla de sus bienes, los hizo morir luego. Señor, el juez delincuente merece todos los castigos de los que lo son; y el príncipe que le permite, consiente veneno en la fuente donde beben todos. Peor es permitir mal médico, que las enfermedades. Méno mal hacen los delincuentes, que un mal juez. Cualquiera castigo basta para un ladrón y un homicida; y todos son pocos para el ministro y el juez que, en lugar de darles castigo, les da escándalo. El mal ministro acredita los delitos y disculpa los malhechores; el bueno escarmienta y enfrena las demasías.

Los reyes y príncipes que, usurpando la obstinacion por constancia, tienen la honra y grandeza en llevar á fin lo que prometieron, y continuar sus acciones, aunque sean indignas y poco honestas;—esos, dejando el ejemplo de Cristo, verdadero Rey, siguen la razon de estado de Heródes, y así le suceden en los asientos, cogiendo semejantes escándalos de sus acciones (5). «Como hubiese venido dia aparejado, Heródes hizo una cena para celebrar sus años, y convidó á los príncipes y tribunos y primeros de Galilea.» Pocas veces de cenas hechas á tal gente por ostentacion, y no por santificar á Dios, se dejan de seguir los inconvenientes y sucesos que en esta hubo. Si convidara pobres y peregrinos, fuera la cena sacrificio. Convidó ricos y poderosos, y fué sacrilegio.

PROSIGUE.

Cumque introisset filia ipsius Herodiadis, et saltasset, et placuisset Herodi simulque recumbentibus, recessit puellae: Pete à me quod vis, et dabo tibi; et juravit illi, quia quidquid petieris dabo tibi, licet dimidium Regni mei.

«Y como entraseda hija de la misma Herodiades, y descompuestamente bailase en medio de todos, agradó

(4) Vade retrò post me, Satanà: scandalum es mihi: quia non sapis ea quae Dei sunt, sed ea quae hominum.

(5) Et cum dies opportunus accidisset, Herodes natalis sui coenam fecit principibus, et tribunis, et primis Gallilaeae. (Marc. 6, vers. 21.)

á Heródes, y juntamente á los convidados. Dijo el Rey á la mozueta: Pideme lo que quisieres, que yo te lo concederé; y juró que le daría cuanto pidiese, aunque pidiese el medio reino.»

De peligrosa condicion han sido siempre los convites numerosos: nunca ha faltado ó discordia ó murmuracion.

¿Cuál mas misterioso que el postrero que hizo Cristo, que tanto le habia deseado ántes de morir, que dijo: *Desiderio desideravi*: «Mucho he deseado cenar esta noche con vosotros?» Y con ser Cristo el señor del banquete, y él mismo la comida, y sus apóstolos los convidados—en la mesa mas sagrada y de mayores misterios, y donde se instituyó el Sacramento por excelencia, la Eucaristía, que es don de la gracia, se entró Satanás en el corazon de Júdas. Dijo el Espíritu Santo, advirtiéndole estos peligros: «Mejor es ir á la casa donde se llora, que al convite.» ¿Qué parecidos fueron Cristo y Juan! En una cena se trata la muerte de Cristo, y en otra la de Juan. Allí se entró Satanás en el corazon de Júdas, y aquí en el del Rey, que habia de estar en las manos de Dios. Atienda á las palabras que dice, y conocerá el lenguaje de Satanás. Dice el Rey á la mozueta: «Todo te lo daré.» Es nota copiada de la tentacion; y con diferentes palabras engañó á Eva, diciéndola lo propio.

El recato de la cena de Heródes se conoce en la entrada que dió á una mujercilla deshonesto y bailadora; el poder del vino demasiado y la tiranía de la gula, en lo que agradó á todos la desenvoltura de los saltos y la malicia de los movimientos. ¿Quién sino demasias de una cena dictaran tal ofrecimiento á un rey? Habló en él lo que habia bebido, no la razon. Daréte todo lo que me pidieres; y juró que lo haría, aunque le pidiese el medio reino. Fuera de sí estaba, pues ofrece lo que no puede dar. De todos los reyes que á uno dicen que se lo darán todo, se debe temer que se entró Satanás en su corazon, como en el de Heródes: ¿qué se debe temer de los que lo hicieron? «La cual como saliese, preguntó á su madre (1): ¿Qué pediré?»

Para castigar Dios á un rey que desperdicia lo que habia de administrar, que derrama lo que habia de recoger, le permite un pediguño inadvertido y mal aconsejado. Salió la hija, y preguntó á su madre qué le pediría. ¡Oh juicio de Dios, escondido á nuestra diligencia! Fué á aconsejarse con el pecado del Rey, para pedirle su condenacion. Elige el rey mal consejero: no se desengaña advertido;—pues sea consejero de su allegado la culpa del rey, su muerte y su deshonra. «Respondió ella: Pide la cabeza de Juan Bautista (2).» Los que ahitos y embriagados ruegan con el premio á los que merecen castigo, son merecedores de que les pidan su ruina. Aconsejándose con el demonio, pidióle la cabeza de Juan en un plato (3). «Entristeciése el Rey; mas por el juramento y por los convidados no la quiso entristecer.» A grandes jornadas viene el dolor siguiendo á la ignorancia y al pecado. ¿Qué ejecutivo se muestra el arrepentimiento con los tiranos!

Rey que se entristece á sí por no entristecer á sus allegados con remediar los excesos y demasias, ese es

(1) Quae cum exisset, dixit matri suae: Quid petam?

(2) At illa dixit: Caput Joannis Baptistae.

(3) Et contristatus est rex: propter iurandum, et propter simul discumbentes noluit eam contristare.

el rey Heródes. ¿Entristeciése porque conoces lo mal que la bailadora usó de tu ofrecimiento; y porque juraste y hubo testigos, degüellas al gran Profeta? Di, Rey, ¿por qué dejas entrar en tu aposento á quien pida la cabeza del Santo? ¿Y por qué sientas á tu mesa y tienes á tu lado gente que te acobarde el buen deseo, y que te ponga vergüenza de castigar desacatos? Señor, quien pidiere con bailes y entretenimientos la cabeza del justo, pierda la suya. Todos los malos ministros son discípulos de la hija de Herodías: divierten á los reyes y príncipes con danzas y fiestas; distraenlos en convites, y luego pídenles la cabeza del Rey justo. Rey hipócrita, ¿quieres dar á entender que religioso cumples tu promesa por no quebrar el juramento, y disimulas la mayor crueldad con aparente celo? ¿Entristeciése tú por no entristecer una ramera? Esta es accion mas digna de ignominioso castigo que de corona. Ya que no miraste lo que ofrecias, miraras lo que te pidieron. Mas rey que su bondad no se extiende á mas de entristecerse, no es rey: es vil esclavo de la malicia de sus vasallos; y es tan desventurado, que hasta el buen conocimiento le sirve de martirio y los buenos deseos le son persecucion, y no méritos, pues se aflige de consentir maldades, que sabe que lo son, por no afligir á los que tiene consigo y se las piden ó aconsejan casi con fuerza. Ea, Señor, empréndase valerosa hazaña, á imitacion de Dios que de una vez con palabra digna del moñin de los ángeles derribó al mayor serafín y á todo su séquito, sin que de su parcialidad quedase ninguno. La mala yerba si se la cortan las hojas no se remedia, ántes se esfuerza la raiz. No importan juramentos, ni palabras, ni empeños. Juramentos hay de tal calidad, que lo peor de ellos es cumplirlos. Solo de Dios se dice que jurara y no le pesara de haber jurado. El crédito de los reyes está en la justificacion de los que le sirven; y la perdicion, en el sustentamiento de los que le desacreditan y disfaman. A llevar adelante los errores, á disimular con los malos, ayuda el demonio; y hace castigarlos y reducirlos Dios. Muy cobarde es quien no se fia de esta ayuda, y muy desesperado quien prosigue con la otra.

CAPITULO X.

No descuidarse el rey con sus ministros es doctrina de Cristo, verdadero Rey.

La voz de la adulacion, que con tiranía reina en los oídos de los príncipes, esforzada en su inadvertencia, suele halagarlos con decir que bien pueden echarse á dormir (quiere decir, descuidarse) con los ministros. Este es engaño, no consejo.

Cristo enseñó lo contrario, pues en lugar de echarse á dormir confiado en los suyos, en los mayores negocios á que los llevó se durmieron, y él velaba. La noche de la cena, Juan el amado se duerme sobre el pecho de Cristo, no Cristo en el de Juan. Pero adviértase que fué para que descansase en quien no tenia descanso por el hombre. El rey ha de velar para que duerman todos, y ha de ser centinela del sueño de los que le obedecen.

Tres grandes negocios trató Cristo, en que llevó á Pedro, Jacobo y Juan; y el último le trató con todos. Fué el primero de gloria en el Tabor cuando se trasfiguró (4). «Pedro y los demas que con él estaban dormian

(4) Petrus verò et qui cum illo erant gravati erant somno. (Luc. 9.)

sueño pesado.» En la oracion del huerto los despertó mas de una vez. En la cena, como he referido, Juan se duerme. En el prendimiento, yendo ya en poder de los ministros, lo que advirtió no fué por su tratamiento ni por su inocencia, solo habló por sus discípulos (1): «Dejad ir á estos.» Dijolo, no porque no queria que padeciesen, que ya habia mandado que tomase cada uno su cruz y le siguiese; y á Diego y á Juan que beberian su cáliz, que es morir. Mas esto del padecer quiere que sea cuando en su ausencia y en su lugar gobiernen: ahora son súbditos, padezca el Maestro y la cabeza. Cuando temporalmente le sucedieren y cada uno asista al gobierno de su provincia, entónces quien aquí siendo ojeas les desvía la mala palabra, el empellon, la cuerda y la cárcel, les enviará como á pastores y prelados el cuchillo, el fuego, las piedras, la cruz y los azotes, y los pondrá en el albedrío de los tiranos.

Este precepto, en que vive la médula de la caridad, les dejó para que gobernasen con acierto. Durmiéronse en la oracion del huerto; cuando los llevó ya sabia se habian de dormir. Despertólos, no para dormirse Cristo, mas para que vieses oraba al Padre, y entendiesen que los negocios grandes aun el propio Hijo de Dios los dispone en la oracion, y conociesen cuán eficaz medio es. Cristo sudó y agonizó, y ellos vuelven al sueño mas seguros. Con todo les dice que velen y oren, no entren en tentacion. Pues, Señor, si quien duerme, velándole Cristo, es menester que despierte para no entrar en tentacion, quien duerme, velando contra su sueño los ministros de Satanás, ¿á qué riesgo irá? Qué tentaciones no harán suertes en él? A qué enemigo no ruega con la puerta de su corazon?

Rey que duerme, y se echa á dormir descuidado con los que le asisten, es sueño tan malo que la muerte no le quiere por hermano, y le niega el parentesco: deudo tiene con la perdicion y el infierno. Reinan es velar. Quien duerme no reina. Rey que cierra los ojos, da la guarda de sus ovejas á los lobos, y el ministro que guarda el sueño á su rey, le entierra, no le sirve; le infama, no le descansa; guárdale el sueño, y piérdale la conciencia y la honra; y estas dos cosas traen apresurada su penitencia en la ruina y desolacion de los reinos. Rey que duerme, gobierna entre sueños; y cuando mejor le va, sueña que gobierna. De modorras y letargos de príncipes adormecidos adolecieron muchas repúblicas y monarquías. Ni basta al rey tener los ojos abiertos para entender que está despierto; que el mal dormir es con los ojos abiertos. Y si luego los allegados velan con los ojos cerrados, la noche y la confusion serán dueños de todo, y no llegará á tiempo alguna advertencia. Señor, los malos ministros y consejeros tiene el demonio (como al endemoniado del Evangelio) ciegos para el gobierno, mudos para la verdad, y sordos para el mérito: solo tienen dos sentidos libres, que son olfato y manos; y es tan difícil curar un ciego de estos, que para sanarle fué menester mano de Cristo, tierra y saliva: en que, á mi ver, se mostró que sola la palabra de Dios en las manos de Cristo, que era su Hijo, con el conocimiento propio, pueden abrir los ojos á tales ciegos.

Y de este género son, y peores por el mayor inconveniente en lo eficaz de su ejemplo, los príncipes que duermen; porque ciegan voluntariamente, y tienen la ce-

(1) Simile hos abire.

guedad por descanso, y suelen la perdicion llegarla á tener por disculpa. El ciego no ve, ni el que duerme: peor es este que no ve porque no quiere, que el otro porque no puede. El uno es enfermo, el otro malo. No solo es obligacion del buen rey cristiano velar para que duerman sus ovejas, sino velar para despertarlas si duermen en el peligro. Espira Cristo: cerró los ojos; mas cerrólos (el texto santo lo dice) para que se levantasen muchos cuerpos de santos que dormian en la muerte. Cierra los ojos; y la sangre, y el agua salió de su costado, corriente sacramental de que escribe Cirilo (2): «Agua para el que juzgó, y sangre para los que la pedian.»—Esta corriente pues dió vista al incrédulo. ¡Oh buen Rey! ¡Oh solamente Rey! ¡Oh Rey, Dios y Hombre, que ni muerto cierras los ojos, ántes los abres á los que están ciegos!

En los evangelios se hace mencion de todas las pasiones que como hombre tuvo Cristo: de la sed, del cansancio: «cansado del camino; tengo sed (3)»; que comió algunas veces; que lloró, que se enojó; amenazó á Pedro, riñóle. Que se entristecié, él lo dijo: «Triste está mi alma hasta la muerte;» y cuando Lázaro, y en la muerte de san Juan Bautista. Y con ser accion natural, forzosa y honesta el dormir, no se hace mencion de que durmió mas que en la borrasca (4). El dormir mucho, es peligroso en los príncipes; el dormir siempre, es condenacion y muerte. Los evangelistas á las vigilias de Cristo y á sus desvelos guardaron este decoro, acordándose de que él dijo: «Yo duermo, y mi corazon vela.» Y san Pedro Crisólogo tiene por tan escrupuloso el decir, aun una vez, que duerme Cristo, que en el propio lugar de la borrasca (5), sobre aquellas palabras (6): «Y estaba durmiendo en la popa,» dice, razonando oro (tales son sus palabras): «Al que duerme acuden los que velan.» Y mas abajo seis renglones (7): «¿Adónde está lo que dice el Profeta: Veis aquí que no dormirá ni se adormecerá el que guarda á Israel? Por sí no duerme, ni para sí se adormece la majestad, que no se puede cansar.» Interesóse el celo de Crisólogo en dar razon de este sueño y de advertir cuánto velaba Dios en él, y prosigue en esta consideracion: «Y no solo se ha de preciar el rey de no tener sueño, empero ni cama. Así lo dijo Cristo: Las raposas tienen cuevas, y el Hijo del hombre no tiene donde inclinar la cabeza.» Tiene discípulos, no tiene privados que le descansen; él los descansa á ellos; su oficio fué su amor, su caridad, su desvelo; vino á redimir, no á ensoberbecer con vanidad á ambiciosos ni entremetidos. Eso es no inclinar la cabeza, ni tener dónde. Discurramos por toda su vida, y verémos que hasta su muerte no inclinó la cabeza (8): «Inclinada la cabeza dió el espíritu;» y eso fué para darle á su Padre eterno. ¡Oh gran justicia! ¡Oh grande monarca en poco número de gente! ¡Oh majestad inefable, que no tiene Cristo donde inclinar la cabeza, y á Juan en la cena le da donde incline la suya!

El raposo rey, á quien aconseja la maña, la ambicion y la tiranía, ese tiene cuevas donde reclinar la cabeza,

(2) Catechesis, 13.

(3) Sitio.

(4) Luc. cap. 8.

(5) Serm. 21.

(6) Et erat ipse in puppi dormiens.

(7) Et ubi est illud (del Psalm. 12.): Ecce non dormitabit, neque dormiet qui custodit Israel? Per se non dormitabit, neque dormiet Majestas, expers lassitudinis, quietis ignara.

(8) Inclinato capite tradidit spiritum.

donde esconderse y donde no parezca rey; mas el Hijo del hombre, el Rey que conoce que es hombre, y que lo son los que gobierna, y que es rey para ellos por voluntad de Dios, ese no tiene cuevas donde esconderse ni donde inclinar la cabeza. — La cabeza de los reyes no se ha de inclinar mas á una parte que á otra. El rey es cabeza; y cabeza inclinada, mal enderezará los demas miembros. Reyes hombres: ¡oh si lo temeroso de mis gritos os arrancase despavoridos del embaumiento de la vanidad, y os recatase de los peligros de vuestra confianza! Cristo dice que su cabeza no se inclina. No es cabeza en el pueblo de Cristo la que se inclina; desdeñase al otro lado; sin atencion tiene lo que no ve. Ni se puede dudar que llame raposas Cristo á los reyes que se inclinan á personas ambiciosas y descaminadas. El lo dijo así (1): «En el propio dia llegaron algunos de los fariseos diciéndole: Sal, y véte de aquí, porque Heródes te quiere matar. Y respondiéndoles á ellos: Id, y decid á esa raposa...» Así la llamó Cristo, y se sabe que Herodías era su descanzo.

Al fin, Señor, quien no tiene donde inclinar la cabeza, á Cristo imita; quien tiene donde inclinarla, es raposa, es Heródes. No hay dormir, Señor, ni tener donde reclinarse la cabeza: con todos los principes habla Cristo por san Lucas (2): «Bienaventurados aquellos criados que cuando viniere el Señor los hallare velando.» Por el contrario serán reprendidos y miserables los que hallare durmiendo; que los reyes son los primeros criados de Dios en mas dignidad; y que habla con ellos, Homero lo dijo cuando los llamó Διοτρεφεις, Diotrefees, criados por Júpiter. Favorino interpreta esta voz: «Discípulos de Jove, discípulos de Dios.» Lo propio es Diotrefees, que enseñados. ¿Pues cómo será rey quien no se mostrare enseñado por Dios, siendo esta su doctrina y su ejemplo, y mandando que velen y no duerman, y llamando bienaventurado solo al que hallare velando? Los hombres, luego que se durmieron, dieron lugar á los malos para que sembrasen en su heredad cizaña, y aguardaron á que se durmiesen para sembrarla (3): «Es semejante el reino de los cielos al hombre que siembra buena semilla en su heredad, que luego que se durmieron los hombres, vino su enemigo, y en medio del trigo sembró cizaña.»

De suerte, Señor, que no se cumple con la heredad labrándola ni sembrándola de buena semilla, sino que no se ha de dormir; y menos los reyes, porque el enemigo advertido no venga asegurado en el sueño, y siembre abrojos en que se ahogue el grano, se infame la cosecha, y se pierda el trabajo y el fruto.

CAPITULO XI (a).

Cuáles han de ser sus allegados y ministros. (Luc. 14.)

Ibant autem turbae multae cum eo, et conversus dixit ad illas: Si quis venit ad me, et non odit patrem

(1) In ipsa die accesserunt quidam pharisaeorum, dicentes illi: Exi, et vade hinc, quia Herodes vult te occidere. Et ait illis: Ite et dicite vulpi illi. (Luc. cap. 13.)

(2) Beati servi illi, quos cum venerit dominus invenerit vigilantes. (Cap. 12.)

(3) Simile factum est Regnum coelorum homini, qui seminavit bonum semen in agro suo, cum autem dormirent homines, venit inimicus ejus, et supereminavit zizania in medio tritici, et abiit. (Matth. cap. 13.)

(a) Este capítulo y el siguiente no se hallan en las cuatro primeras ediciones de 1626, ni en la de Barcelona, 1629, ni en la de Pamplona, 1651.

suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem, et animam suam, non potest meus esse discipulus. «Iban con él muchas gentes, y volviéndose á ellos, les dijo: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre y á su madre, á su mujer y á sus hijos, y á sus hermanos y á sus hermanas, y á su alma propia, no puede ser mi discípulo.»

No les dejó disculpa á los que le habian de asistir, ni les permitió por excusa la ignorancia. Claramente les dijo cómo habian de ser sus ministros, y aquellos que le habian de acompañar y asistir. ¡Qué desabridas condiciones son para la familia, y para la ambicion y vanidad del parentesco! De otra manera funda Dios lo permanente de sus validos, que la negociacion y codicia del mundo.

¿Cuál tiene, Señor, ni ha tenido puesto al lado de algun monarca, que lo primero y mas importante no juzgue el cercar el príncipe de su familia, introducir sus padres, no sacar las mercedes de sus hermanos, preferir su mujer y sus hijos? Cosa es con que la maña y la codicia y el desvanecimiento acreditan con la naturaleza; y acusados se valen del precepto de honrar padre y madre. ¿Qué haces, soberbio? ¿No adviertes que de quebrar un mandamiento á torcerle va poco? Quien te mandó eso, aconseja estotro. Mira si quieres venir á Dios, porque si quieres, has de aborrecer á tu madre y padre, á tu mujer, á tus hijos, á tus hermanos y á tus hermanas, y tu vida y tu alma, dando primero lugar á la ley evangélica. Así san Pablo (4): «Ni hago á mi alma mas preciosa que á mí.» Por san Mateo (5): «No vine á enviar paz, sino espada: vine á apartar al hombre contra su padre, y la hija contra su madre.»

Bien se entiende que quien dijo: *Pacem meam do vobis, pacem meam relinquo vobis*, que no vino á introducir la disension. Esto, declaran todos, se dijo por preferir la dignidad del Evangelio y la doctrina de Cristo á los padres. Así san Jerónimo: *Per calcatum perge patrem*. Eso es cumplir con el precepto. Es doctrina tan larga y de tal verdad la de este capítulo, que no puede ser discípulo de Cristo quien no dejare padres, hijos y hermanos, no siendo rey (cuyo nombre ya queda dicho que es discípulo de Dios); ni puede acertar quien no los dejare, ni puede ser buen ministro. ¿Descamina otra cosa la templanza de los ánimos en la grandeza y privanza, que la ansia de llenar, con lo que se debe á otros méritos, la codicia de los suyos? ¿A qué no se atreve un poderoso por preferir sus padres, por adelantar sus hijos, por acallar á su mujer, por engrandecer sus hermanos, por desvanecer sus hermanas? ¿Cuál felicidad no adoleció de las desórdenes de la parentela? Si hubiera un poderoso sin linaje, ese fuera durable; mas cuando la naturaleza se le haya negado, se le crece y se le finge la lisonja: todos tienen dendo con el que puede. Grande precepto aborrecerlos á todos, digo, su desorden. Anteponer á la sangre mas propia y mas viva el bien comun, lo justo y lo lícito, olvidar la descendencia y la afinidad, es curar con dieta la persecucion casera y el peligro pariente. Así quiere Cristo que lo hagan los que vinieren á él, y es señal que hacen lo contrario los que van al príncipe de las tinieblas de este mundo.

(4) Nec facio animam meam pretiosioram quam me.

(5) Non veni pacem mittere, sed gladium. Veni enim separare hominem adversus patrem suum, et filiam adversus matrem suam. (Cap. 10.)

Señor, quien viniere á vuestra majestad, si no amare su real servicio y el bien de sus vasallos y la conservación de la fe y de la religion mas que á sus padres, mujer y hijos, hermanos y hermanas, no sea discípulo, no acompañe, no asista. Quiera vuestra majestad estas cosas que le están encargadas, mas que á él, y sea rey y reino, pastor y padre; y haga que la verdad enamorada de su clemencia descanse los labios del nombre de señor. Oiga ternezas de hijos, no miedos de esclavos. Ni buen rey debe permitir que sus estados se gasten en hartar parentelas. Sean ministros los que hiciere huérfanos la justificacion, y viudos la piedad, y solos la virtud, aunque la naturaleza lo dificulte; que estos llama Cristo nuestro señor, estos busca, y estos admite solos; y si en el reino espiritual se temen padres y mujer ó hermanos, en el temporal, donde es tan poderosa la asistencia, la importunacion y la vanidad, ¿cuánto será justo temerlo y evitarlo?

Señor, nazca de su virtud el ministro; conozca que le engendrará el mérito, no el padre; tenga por hermanos los que mas merecieron, por hijos los pobres: que entonces por los padres que deja, viene á merecer que le tengan por tal todos los que son cuidado de Dios nuestro señor, que se lo encarga; seránle alabanza los súbditos, y premio sus desvelos, y podrá ir á vuestra majestad que, en tan nueva vida y en tan florecientes años, trabaja como padre y no como dueño, y atiende á que los que le asisten se desembaracen de lo que el Evangelio prohíbe con distincion tan infalible y tan grande.

CAPITULO XII.

Conviene que el rey pregunte lo que dicen de él, y lo sepa de los que le asisten, y lo que ellos dicen, y que haga grandes mercedes al que fuere primer criado y le supiere conocer mejor por quien es. (Matth. cap. 16.)

Et interrogabat discipulos suos, dicens: Quem dicunt homines esse filium hominis? «Y preguntaba á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre?»

¡Gran servidumbre padece el entendimiento atareado á responder á solo aquello que le quisieren preguntar! La libertad de la conciencia respira inquiriendo; y los reyes deber saber lo que les conviene, y no se han de contentar de saber lo que otros quieren que sepan. Una cosa es oír á los que asisten á los principes, otra á los que ó sufren ó padecen á esos tales. Sepa, Señor, el monarca lo que dicen de él sus gentes y los que le sirven; y si esta diligencia pareció á Cristo nuestro señor, Dios y hombre verdadero y solamente verdadero rey, tan importante que la ejecutó con sus discípulos, ¿por qué, Señor, no la imitarán los hombres que por él y en su lugar son administradores de los imperios? Preguntó á sus discípulos, diciendo: «¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre?» Una pregunta como esta cada mes; ¿qué de lágrimas enjugaría! A qué de ruegos encaminaria audiencia! A cuántos méritos premio, y á cuántas culpas castigo! Mas no sería de provecho si no se preguntase á gente de verdad; ántes ocasionara la cautela y la adulacion. Mas ellos respondieron: «Unos dicen que eres Juan Bautista, otros Elías, otros Jeremías, ó uno de los profetas.»

Considere vuestra majestad, Señor, que el que pregunta y quiere saber la verdad, no ha de prevenir la

lisonja de la respuesta con la majestad de la pregunta: eso es, Señor, preguntar y responderse, ó mandar, preguntando, el género de la respuesta que desea. Cristo Jesus, Hijo de Dios y Dios verdadero, no dijo: ¿Quién dicen que es el Mesías; quién dicen que es el Redentor de Israel; quién dicen que es Dios y Hijo de Dios? Solo dijo: «¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre?» ¡Grande humildad! Hijo del hombre se llama el Hijo de Dios, y el que permitió que le llamásemos padre y nos lo mandó. Quiere el Señor oír la verdad, no lisonjas; ni su engaño con sus palabras, sino la salud del mundo con sus preguntas. Respondieronle por esta razon todos los disparates que de él decian las gentes; ni pudieron ser en parte mayores, ni mas descaminados, ni de peor intencion. Unos decian que era Juan Bautista. ¡Extraña cosa que anduviese tan equivocada la verdad en la boca de los judíos, que á san Juan Bautista tuviesen por Cristo, y aquí á Cristo por san Juan Bautista!

Otros dijeron que era Elías. No pudo ménos con su obstinacion la ignorancia y la malicia en este nombre que en el pasado. Aquí dicen que es Elías Dios; y en la cruz, cuando llama á Dios, dicen que llama á Elías. No oyen los ingratos, ni tienen sentido para la verdad: el propio Juan Bautista se le habia enseñado y dicho quién era; y olvidanse de lo que dice y enseña, y acuérdanse de su persona. De Elías, en la trasfiguracion, mostró Cristo á los suyos que le habian referido esta demanda, que era su criado y que le asistía como de su casa. Fue malicia y desatino en todo extremo el decir que era uno de los profetas, Elías ó Jeremías ó Juan Bautista. Pocos han advertido cuán grande pesadumbre dijeron estos á los profetas, diciendo que lo era Cristo. Parece que los honraban; y mirado bien, los desmentian. San Juan dijo que Jesus era el ungido y el Mesías. Así lo dijo Jeremías y todos los profetas. Y en decir que Cristo era Juan, Elías y profeta, procuraron disfamar su verdad de todos, y degradar á Cristo. Grandes negocios y máquinas del infierno derribó esta pregunta. Esto, Señor, se logra de preguntar á los buenos y saber lo que dicen los malos.

«Mas vosotros ¿quién decis que soy yo? Respondiendo Simon Pedro, dijo: Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo (1).» A todos pregunta, y responde Pedro que ha de ser cabeza de la Iglesia. Justo es que el primero hable por todos. Dijo que era Cristo, Hijo de Dios vivo. ¡Gran confesion! Gran cosa acertar en lo que tanto erraban tantos! Y ¡qué á raiz de los aciertos y de los servicios andan las mercedes! Dicele Cristo luego: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra fundaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; y á tí te daré las llaves del reino del cielo; y cualquiera que ligares sobre la tierra será ligado en el cielo, y cualquiera que desatares sobre la tierra será desatado en el cielo.» Justo es, Señor, á quien sirve así y sirve por todos, y conoce y da á conocer á su señor, hacerle grandes y muchas mercedes. El ejemplo teneis en Cristo que á san Pedro hizo favores tan preferidos y tan grandes.

Enseñó Cristo cómo se ha de preguntar, y qué, y á quién, y cómo se ha de servir y premiar. Poco despues dijo Cristo que iba á Jerusalem á padecer y morir, y oyendo esto, dice el texto (*Et assumens eum Petrus,*

(1) Vos autem quem me esse dicitis? Respondens Simon Petrus, dixit: Tu es Christus Filius Dei vivi.